EL TRASFONDO TEÓRICO DE LA POLÍTICA ECONÓMICA DE MÉXICO EN LOS ÚLTIMOS AÑOS

ROBERTO GUTIÉRREZ R. *

I

UNA DE LAS LECCIONES más importantes que el auge económico reciente aportó a México es la confirmación de nuestras rigideces teóricas en el campo de la economía. Los tiempos de pobreza, como los de abundancia, se han administrado con criterios similares y con bases teóricas casi inamovibles. Todo esto en el contexto de situaciones de la economía mundial completamente diferentes a las que prevalecían anteriormente. Quizá alguien podría argumentar —y esto sería razonable— que la teoría misma, abarcando a casi todas sus corrientes, se encuentra temporalmente replegada a la defensiva, consciente de su grado relativo de estancamiento y de su imposibilidad para ofrecer soluciones absolutas en el tiempo y en el espacio a los múltiples problemas de las economías de mercado. Sin embargo, aun dentro de los límites mismos de este espacio teórico existe cierto radio de maniobra, y otros países han logrado explotarlo con más éxito que el nuestro.

En prácticamente todas las economías de mercado los experimentos macroeconómicos del periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial han sido fiscales primero (hasta entrados los años sesenta) y, posteriormente, o bien fiscales o bien monetarios. El temor de cada uno de estos paradigmas por la “contaminación ideológica” los ha llevado tradicionalmente a rechazar al máximo los puntos de vista de su contraparte. Los gobiernos conservadores se han sentido plenamente identificados con las políticas monetarias, en tanto que los no conservadores han tendido a favorecer las de corte fiscal. Evidentemente, ambas corrientes son diferentes, parten de concepciones distintas. Sin embargo, parecen tener un punto en común: ninguna de ellas podría presumir de estar a salvo del fracaso. Los años setenta dan cuenta perfecta de ello.

Las políticas fiscales habían funcionado muy bien hasta antes de dicha década, y extraordinariamente bien durante los años inmediatamente posteriores a la última guerra mundial. El mejor experimento fue Gran Betaña,

* Agradezco infinitamente las cuidadosas observaciones de Carlos de Llano. El contenido del texto es, por supuesto, responsabilidad mía.

donde se les descubrió y se les controló en el marco de un intervencionismo estatal tan profundo que, desde el punto de vista actual, se podría considerar como un articulado paquete de medidas de corte socialista. Durante los setenta, sin embargo, la operatividad de la política fiscal llegó a su más bajo nivel. Las diferentes corrientes que la componen, desde la conservadora hasta la progresista, encontraron serias dificultades para explicar y corregir algunos fenómenos macroeconómicos típicos. En primer lugar, el estancamiento con inflación (“estancflación”) fue tan novedoso como impredecible en términos teóricos convencionales. En segundo lugar, la presunción, por mucho tiempo aceptada entre algunos fiscalistas, de que el aumento en los precios nominales (inflación) funcionaba como un extraordinario catalizador de las políticas de pleno empleo de la fuerza de trabajo, fenómeno que se podía representar mediante una relación gráfica peculiar de pendiente negativa llamada “curva de Phillips”, cayó también en lo obsoleto. En tercer lugar, el gasto público deficitario originó problemas financieros tan serios y niveles de endeudamiento tan altos, que su expansión más allá de cierto nivel crítico fue objeto de severos cuestionamientos, y perdió credibilidad como expediente para aumentar los niveles agregados del producto y del empleo.

La escuela monetarista albergó desde su renacimiento durante los años cincuenta —muchas décadas antes se le había conocido como teoría cuantitativa del dinero— la esperanza de que los fracasos de las políticas fiscales le abrirían por fin el camino de la aceptación universal. Su oportunidad se presentó dos décadas más tarde, pero los descabros fueron mayores de lo que originalmente se hubiera esperado. Muchos de sus principios teóricos se instrumentaron mediante los programas de “shock” o contingencia del Fondo Monetario Internacional, y tendieron a asociarse con los regímenes más conservadores y antipopulares del mundo, regímenes que no han sido capaces de superar las crisis ni de corto ni de largo plazo, como lo mostraron ya múltiples experiencias en América Latina y como lo corrobora actualmente el caso chileno. Al introducir programas de corte estructural, entre los que se cuentan los acuerdos de facilidad ampliada, el Fondo reconoció el peligro de la aplicación de sus políticas originales. Algunas de sus reformas de principios de los años ochenta, y la aparente simpatía de varios de sus principales funcionarios por acercarse al carácter de banca de desarrollo —como lo es el Banco Mundial— hacen sospechar que esta institución se encuentra al menos consciente de la inviabilidad social, política y económica de algunos de los principios más radicales del pensamiento monetarista.

La toma de conciencia de muchos gobiernos en cuanto a las deficiencias de las dos vertientes teóricas de la política macroeconómica los ha llevado a flexibilizarse desde el punto de vista ideológico. El caso más sonado recientemente es tal vez el del gobierno socialista de Mitterrand, en Francia, que introdujo casi desde el principio de su gestión, luego de una corta experiencia pseudopopulista, varias medidas de política económica de corte monetarista, con el objeto de sortear de alguna manera la crisis económica. De esas medidas al menos dos hubieran sido rechazadas, bajo condiciones normales, por el ala

fiscalista, fundamentalmente la conservadora: reducciones en el gasto público y devaluación del franco.

Por su parte, el gobierno de Margaret Thatcher en Gran Bretaña —cuyo partido jamás ha pretendido que se le considere progresista o al menos moderado— ha aceptado en repetidas ocasiones ampliaciones a gastos en bienestar social y en otros renglones “no productivos” que evidentemente afectan el déficit fiscal. Además ha introducido múltiples medidas proteccionistas y, contrariamente a lo que la ortodoxia monetaria-liberal parecería aconsejar, se resistió por largo tiempo a aceptar una devaluación definitiva de la libra esterlina, capaz de restituir la competitividad de las manufacturas británicas en los mercados internacionales.¹

Otros gobiernos en Europa y en diferentes partes del mundo (España y Corea del Sur, entre ellos) han mostrado también preferencia por la aplicación de medidas tácticas, a pesar de que, en ocasiones, éstas contradicen la ortodoxia o parecen atentar contra la posición ideológica del gobierno en turno.

Antes de continuar es conveniente recordar los puntos medulares de la corriente fiscalista. Su variable central es la inversión pública; su instrumento fundamental a corto plazo, el gasto estatal deficitario; su objetivo, el incremento del producto global y del nivel de empleo mediante estímulos a la demanda efectiva. Estos razonamientos fueron concebidos para superar contracciones económicas de corto plazo y no con la intención de diseñar un modelo de larga duración. En este sentido suponen sencillamente que el gasto y la inversión públicos tienen capacidad para estimular la inversión privada —aunque con cierto rezago— garantizando así niveles adecuados de expansión económica y de creación de empleos.

II

Cuando se estudia el caso de México, la primera pregunta que surge es por qué, con excepción parcial del periodo de Ortiz Mena (desarrollo estabilizador) ha sido tan radical y persistente la influencia de la política fiscal a partir de mediados de la década de los cincuenta. Nadie puede negar que, como en el caso de los demás países de América Latina, el nuestro se ató desde aquel entonces a las corrientes fiscalistas. La Comisión Económica para América Latina (CEPAL), que tantos cuadros formó y tanto peso tuvo en la conceptualización e instrumentación del desarrollo económico regional, fue un factor determinante para ello. Debido a esto, aun los economistas que podrían presumir de originalidad o de ser portadores de corrientes alternativas (llámeseles neoclásicos, monetaristas, neorricardianos o dependencistas), en el fondo tenían una fuerte influencia fiscalista y eran, sin estar conscientes de ello, esclavos

¹ Esta “tibieza” de la política económica de la Sra. Thatcher fue severamente criticada en 1982, en la televisión británica, por dos de los más connotados monetaristas contemporáneos: Friedrich A. von Hayek y Milton Friedman.

de las ideas de economistas pasados que creían haber superado.²

Esta influencia persistió aun después de mediados de los sesenta, cuando el modelo de industrialización favorecido por la CEPAL dio muestras de agotamiento. El hecho de que los economistas (y también los hacedores de política económica y los empresarios) se hayan identificado tanto con él, reimplantándolo —o, para el caso, reforzándolo— toda vez que la ocasión lo ha permitido, resulta sorprendente no sólo por su vulnerabilidad de largo plazo, sino porque cuando el ciclo económico se encuentra en las fases más pronunciadas de crisis, dicho modelo es invariablemente seguido, o bien por el fascismo, o bien por alguna forma más o menos antipopular del monetarismo.³ Nuestra última experiencia en este sentido, en muchas instancias la más dolorosa que se recuerde, y en torno a la que giran estas notas, es la de los años del auge económico reciente (1978-1981). Dado el papel aplastante durante dicho periodo y los que le antecedieron de la corriente fiscalista, el análisis se centra en ella y sólo hace menciones periféricas respecto al alcance y aplicación de la política monetaria.

III

No es necesario entrar en muchos detalles para demostrar que la política macroeconómica implícita en dicho auge se diseñó con base en los principios fiscalistas. Los extraordinarios niveles de inversión y gasto públicos en el sector petrolero durante casi toda la década de los setenta; los estímulos permanentes del sector público —siempre deficitarios— a la demanda efectiva y a la inversión privada; y los objetivos —más cortoplacistas que de largo alcance— de generación de empleos y de crecimiento económico acelerado, así lo demuestran. Hubieron de pasar varios años antes de que se reconociera institucionalmente, en parte debido a la crítica situación del mercado petrolero internacional, que esta política no era la mejor para administrar “la abundancia”, como tampoco lo había sido para administrar la escasez.

Debido a que la instrumentación de los modelos de política económica en todo tipo de sociedad es, por definición, un ejercicio público, lo más cómodo y simplista sería responsabilizar solamente al gobierno de la falla del experimento. Esto significaría suponer que el sector privado se opuso desde un principio a él y despreció los estímulos a la inversión que institucionalmente se le ofrecieron para garantizar el crecimiento. La realidad no fue esa; por el contrario, los inversionistas privados aprovecharon al máximo (quizá debería decir en exceso) las oportunidades creadas. Tuvieron insuficiente visión de largo plazo y, ante la posibilidad de aumentar rápidamente sus ganancias, muchos

² Me permito parafrasear un pasaje ampliamente conocido de la *Teoría general* de Keynes.

³ Dos trabajos que, entre otras cosas, discuten este problema son: Guillermo O'Donnell, “Reflexiones sobre las tendencias de cambio del estado burocrático-autoritario”. *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 39, núm. 1, enero-marzo de 1977, y Horacio Flores de la Peña, “Un nuevo modelo de desarrollo”, *Comercio Exterior*, vol. 27, núm. 5, mayo de 1977.

de ellos expandieron sus instalaciones de manera exagerada (aquí hago excepción de aquellos que prefirieron dedicarse a importar y vender en el mercado interno). Dichas ampliaciones estuvieron, en múltiples ocasiones, muy por encima de las posibilidades reales del mercado. Claro, cuando se planea una escala de planta, resulta muy tentador optar por la más grande, ya que de acuerdo con la experiencia empírica ésta permite obtener excelentes economías de escala. Sin embargo, el costo de subutilización de dicha planta en periodos de recesión o de actividad económica inferior a la normal, es generalmente mucho mayor que el de una de tamaño convencional.

Asimismo, cuando las empresas se expanden horizontalmente, verticalmente, o en ambas direcciones, generan múltiples economías externas que benefician al sistema porque reducen el costo social de la producción de bienes y servicios (algo en que el gobierno de cualquier país está permanentemente interesado), y al mismo tiempo se benefician de las economías externas de otras ramas productivas favorecidas por el auge de la economía en su conjunto.⁴ Un grupo fiscalista ha tomado parte de este principio para el caso exclusivo del sector manufacturero, como una especie de crecimiento circular, asegurando que el éxito económico siempre conduce a mayores éxitos (círculo virtuoso) en tanto que el fracaso económico siempre conduce a mayores fracasos (círculo vicioso).⁵ Posteriormente se dará cuenta más detallada de esto.

Aun cuando es evidente que la actividad económica por sí sola era suficiente durante el periodo estudiado para hacer rentable la inversión privada, los principios fiscalistas premiaron aún más su tasa de ganancia. Esto se llevó a cabo mediante la reducción al máximo de los costos de producción, y con esfuerzos permanentes por minimizar la incertidumbre que generaban las contracciones económicas por las que atravesaban las economías de mercado. El paquete de medidas concretas fue enorme: aumento de subsidios; mejoras en la aplicación de los certificados de devolución de impuestos a las exportaciones; congelamiento de precios y tarifas de los bienes y servicios producidos por el estado; mayor rigidez en la política arancelaria aplicada a productos que competían con los de elaboración interna, reforzando así el mercado cautivo y desestimulando la búsqueda de mercados en el exterior; garantía, por parte del Estado, de absorción del pasivo contraído en divisas internacionales cuando los cambios en la política monetaria así lo requirieran (como sucedió con Mexicana de Aviación, ICA y, parcialmente, el Grupo Alfa); exención de impuestos por cada fuente de empleo individual creada en determinadas ramas productivas, la petroquímica secundaria por ejemplo; financiamiento oficial a bajas tasas de interés y plazos largos; aceleración, para fines fiscales, de la depreciación de la planta industrial, etcétera.

Lo anterior sugiere que el Estado tuvo que pagar un alto costo en un periodo de tiempo muy reducido para estimular la inversión privada y apoyar

⁴ La literatura al respecto es muy amplia. Véase por ejemplo T. Scitovsky, "Two Concepts of External Economies", *Journal of Political Economy*, reimpresso en A. Agarwala y S.P. Singh (eds.), *The Economies of Underdevelopment*, Nueva York, Oxford University Press, 1963.

⁵ Véase J. Eatwell, *What Ever Happened to Britain?*, Londres Duckworth, 1982, capítulo 3.

así un proyecto de crecimiento sostenido del producto y del empleo que nunca se consolidó. Este razonamiento coincide con otro principio fiscalista: la teoría del “gran empuje” de Rosenstein-Rodan.⁶ Observar esto significa aproximarse a lo que pudo haber estado en las mentes de los hacedores de la política económica de México en los años recientes, y que parece corroborarse si se leen detenidamente los documentos principales de la planeación nacional. Esto es, el principio de que los hidrocarburos serían una “palanca del desarrollo”, un importante generador de divisas en el corto plazo, pero que a lo largo de los años ochenta irían reduciendo su participación en el monto total de las exportaciones de mercancías. El hecho de que se hayan fijado cifras tope a dichas exportaciones (de 1.5 a 1.7 millones de barriles diarios de crudo y 300 millones de pies cúbicos diarios de gas natural) a partir de principios de la presente década, y que se haya considerado la necesidad de estimular las exportaciones de manufacturas no petroleras —aunque el mercado externo y las políticas internas no fueron favorables— parece corroborar esta hipótesis.⁷

Lo anterior pone en entredicho muchos de los análisis recientes sobre la crisis económica, que tienden a atribuirla a una falta de visión de largo plazo del desenvolvimiento del mercado petrolero internacional. Dichos trabajos sostienen que los horizontes de la economía mexicana estaban basados en excesivas exportaciones de hidrocarburos destinados a un mercado internacional en auge y con precios crecientes. Al derrumbarse estos últimos, dicen, se derrumbaron los cimientos en que los planeadores habían construido el futuro económico de México. Es lamentable que estos análisis olviden que las exportaciones de hidrocarburos siempre fueron superiores, año tras año, a las programadas en los documentos de planeación. Más aún, el monto total recabado a lo largo del sexenio (poco más de 55 000 millones de dólares) superó con creces lo que originalmente se había contemplado en el Plan Nacional de Desarrollo Industrial (23 000 millones de dólares) y en el Plan Global de Desarrollo (40 000 millones de dólares). Es erróneo, por tanto, orientar hacia la planeación de la política petrolera la crítica de los males que aquejan a México. Si el arte de la planeación consistiera sólo en “darle al clavo”, como algunos reduccionistas pretenden, quizá lo único que hubiera tenido que hacerse es recurrir al agorero.

IV

Volviendo al tema de la rigidez teórica, es conveniente consignar que durante los años de auge algunas hipótesis, que prácticamente no se mencionan en los

⁶ P. Rosenstein-Rodan, “Notes on the Theory of the Big Push”, en H. Ellis (ed.), *Economic Development for Latin America*, Nueva York, St. Martin’s Press, 1961.

⁷ Sería absurdo culpar a la secretaría de Estado encargada de la elaboración de este proyecto de su incumplimiento. La parte de responsabilidad que recae en el gobierno se disgrega en diferentes dependencias y es resultado de problemas de coordinación administrativa, diferencias en la conceptualización de las políticas económica y de desarrollo, y ausencia o debilidad de instrumentos que permitieran alcanzar los objetivos propuestos.

planes y programas de gobierno, se aceptaron en círculos oficiales como actos de fe. A ellas, por lo menos hasta ahora, los análisis de la crisis han otorgado poca o nula importancia. Una de estas hipótesis, también de profunda base fiscalista, es la que auguró que las exportaciones de hidrocarburos permitirían a México cerrar, por primera vez en su historia, las dos brechas que obstaculizaban su desarrollo: la brecha entre ahorro e inversión y la brecha de divisas (déficit en cuenta corriente de la balanza de pagos). De acuerdo con la evidencia reciente, éstos parecen haber sido dos de los supuestos más optimistas de los responsables de la política económica de ese momento.

Por lo que se refiere a la primera brecha, efectivamente, durante los primeros años de auge la relación entre ahorro interno y producto interno bruto (PIB) se incrementó de manera sustancial; sin embargo, esto fue pasajero. En primer lugar, el sistema financiero, como ya es de sobra conocido, no apoyó suficientemente el proyecto de desarrollo. En segundo lugar, el ahorro que se generó en el país no se retuvo internamente por múltiples razones. La principal, por supuesto, fue el subsidio implícito con que la paridad cambiaria premiaba a los compradores de dólares. Adicionalmente, se desatendió la reforma fiscal iniciada a mediados de la década de los setenta, y se le redujo al área de los impuestos indirectos (fundamentalmente, a la instrumentación del IVA). De esta manera, también en el área de los ingresos prevaleció la subordinación a los criterios fiscalistas, es decir la aceptación de que la ampliación de la demanda efectiva debería ser a expensas de incrementos en el déficit fiscal. Así, México continuó hasta 1979 siendo un paraíso fiscal, con una relación impuestos/PIB de menos de 20%, en tanto que en otros países de América Latina se acercaban a 30%, y en los países desarrollados oscilaba entre 25 y 33 por ciento.⁸

Por lo que toca a la brecha de divisas, el optimismo de que los ingresos petroleros la cerrarían automáticamente llevó a México a suavizar extremadamente su política de comercio exterior. De esta manera, relajó excesivamente sus importaciones de casi todo tipo de bienes; subsidió el dispendio de millones de mexicanos que viajaban al exterior; se endeudó exageradamente en divisas internacionales, y descuidó sus exportaciones de manufacturas. Además, cayó en lo que se conoce como una política comercial externa de "crecimiento empobrecedor" típica de los países exportadores de materias primas: cuando el precio de las exportaciones de dichos productos disminuye, los productores incrementan el monto absoluto de las mismas, con el objeto de resarcirse del daño causado a la balanza de pagos.⁹ La discusión sobre los peligros de indigestión petrolera —a pesar de lo altisonante o insuficiente que pudiera resultar la expresión desde el punto de vista de algunos observadores— apuntó des-

⁸ Francisco Gil Díaz, "Algunos aspectos relevantes sobre el marco de la política fiscal en México", en Héctor E. González M. (comp.), *El sistema económico mexicano*, México, Premia Editorial, 1983, p. 160.

⁹ El término "crecimiento empobrecedor" fue acuñado por J. Bhagwati en "Immiserizing Growth: A Geometrical Note", *Review of Economic Studies*, vol. 25, 1958.

de un principio hacia la necesidad de evaluar objetivamente estos problemas.¹⁰

Evidentemente, existen fallas conceptuales y analíticas severas entre quienes consideraron posible el cierre de las dos brechas, lo mismo que entre aquellos que supusieron que sería suficiente la inyección de fuertes sumas de recursos por parte del Estado para generar demanda efectiva, promover la inversión, financiarla en el futuro con recursos internos y garantizar el crecimiento de largo plazo. Estos principios se aplicaron en el marco de una política monetaria que, como en el caso de los ingresos, también apoyaba los criterios fiscales, es decir, temía generar presiones inflacionarias si se fijaban tasas de interés reales positivas y se modificaba el tipo de cambio. Por lo tanto, este último mantuvo su tradicional y erróneo carácter de objetivo de política económica. Asimismo, para financiar el excesivo nivel de gasto que el "gran empuje" requería, siempre hubo recursos financieros disponibles y baratos (en el corto plazo) gracias a los petrodólares que inundaban los bancos europeos, norteamericanos y japoneses. Esta política de endeudamiento externo —contraparte de la de gastos y cuentas con el exterior deficitarios— contó también con el apoyo de las instituciones y corrientes monetarias del país, lo que reforzó la desviación hacia el fiscalismo y limitó severamente las alternativas de política económica.

Esta conceptualización del desarrollo parece haber surgido, al igual que en otras ocasiones, como una vía reivindicatoria de las clases populares y como el camino más asequible para reducir las tensiones sociales. Se presentó como un proyecto cuyos principales destinatarios se beneficiarían por partida doble. Por un lado, verían incrementar su capacidad real de consumo gracias a la creación de empleos mejor remunerados; por otro, mejorarían su ingreso. Además, dicho proyecto permitiría aprovechar al máximo la capacidad instalada de la planta productiva, lo que contribuiría a aumentar la productividad de los factores. Todo esto era posible en el corto plazo debido al bajo grado de utilización del aparato productivo, aunque resultó muy difícil de sostenerse por periodos más largos. Además, se confirmó a la demanda del sector manufacturero un carácter de *deus ex machina*: algunos fiscalistas aseguraron, convencidos, que mediante un círculo de causación acumulativa (recuérdese el círculo virtuoso al que hice alusión), todo estímulo a dicho sector sería justificado porque aumentaría, más que ninguno, la tasa de crecimiento de la economía en su conjunto.¹¹

Lo anterior permitiría, a su vez, incrementar la productividad de la mano

¹⁰ Véase por ejemplo Roberto Gutiérrez R., "El impacto de las exportaciones mexicanas de hidrocarburos en la balanza de pagos y su proyección al resto de la economía", tesis, maestría en Economía del Sector Público, CIDE, México, D.F., 1978.

¹¹ El concepto de causación acumulativa se debe a Gunnar Myrdal, *Economic Theory and Underdeveloped Regions*, Londres, General Duckworth & Co. Ltd., 1957. Sin embargo, su desarrollo en los términos aquí descritos corresponde a N. Kaldor, "Causes of the Slow Rate of Economic Growth in the United Kingdom", conferencia dictada en la Universidad de Cambridge, Cambridge University Press, 1966. Existe versión en castellano en *Investigación Económica*, núm. 167, enero-marzo de 1984, Facultad de Economía, UNAM.

de obra y daría mayor competitividad a la economía en los mercados nacional e internacional. Así, se cerraría el círculo virtuoso con aumentos en la demanda efectiva mayores que los originales.¹² Implícitamente, este principio se basa en una especie de ley de Say invertida que otorga a la demanda capacidad para crear su propia oferta.

V

El conjunto de argumentos fiscalistas adolece de varias debilidades fundamentales que, a manera de conclusión, es conveniente enumerar. Primero que nada, olvida que los productores beneficiados por el aumento inducido de la demanda efectiva no son sólo nacionales, puesto que los límites de sus instalaciones, así como sus intereses personales —no necesariamente coordinados con el proyecto nacional— les conducen a satisfacer sólo una parte de la demanda interna. (No existen mecanismos institucionales adecuados que garanticen la reinversión de utilidades a lo largo del tiempo. Tampoco se puede hacer mucho por evitar que el capital, físico y financiero continúe moviéndose en función de la tasa de beneficio de largo plazo, la seguridad de la inversión y la paridad cambiaria.) Ante estas circunstancias, una parte importante de dicha demanda se canaliza inevitablemente al exterior. Frenarla mediante restricciones arancelarias y devaluación cambiaria sería tanto —desde un punto de vista fiscalista— como atentar contra la fluidez del modelo, amén de las presiones inflacionarias que esto generaría. Además, se preguntan los teóricos fiscales qué caso tiene modificar la paridad cambiaria si esto no garantiza la restitución de la capacidad competitiva de las exportaciones mexicanas, que dependen principalmente de materias primas (sobre todo petróleo y derivados), cuyos precios se fijan internacionalmente en dólares. Sin embargo, muchos de ellos no entran al detalle del análisis completo de la balanza de pagos, especialmente la cuenta de capitales, las variaciones de la reserva del Banco Central, los errores y omisiones y el renglón de turismo.

En segundo lugar, el conjunto de argumentos fiscalistas pasa por alto que el sector manufacturero, al que la mayor parte de los estímulos y la política en su conjunto se encuentran orientados, integra a las ramas productivas que con mayor intensidad dependen de la producción de filiales de empresas transnacionales. La producción de las ramas más rentables y dinámicas de dicho sector —automóviles y aparatos electrodomésticos entre ellas— corresponde en una proporción alta a dichas filiales, que generan casi el total de nuestras exportaciones no tradicionales.

En tercer lugar, no atiende al hecho de que existen mecanismos institu-

¹² Para el principio de causación acumulativa como para cualquier otro de tipo keynesiano, la demanda efectiva es la fuente generadora de actividad económica (en este caso, mediante un consumo creciente de bienes manufacturados). Los elementos de oferta (tecnología, capacidad administrativa, capital físico y financiero, etc.) se relegan a un lugar secundario.

cionales y de otro tipo que permiten a algunos gobiernos de otros países alterar radicalmente el flujo, la composición y las condiciones de cualquier tipo de movimiento de productos y de capital físico y financiero. Ejemplos claros de ello son las reducciones (o eliminación absoluta) de los privilegios en las negociaciones comerciales bilaterales; la imposición de cuotas y aranceles a algunos productos que importan de países como México; la reducción o modificación estructural de las inversiones directas o financieras en los países en vías de desarrollo; el aumento en las tasas de interés y, en casos especiales, la modificación unilateral en las condiciones de pago del capital financiero prestado a dichos países.

Finalmente, hace depender la dinámica del sistema de gustos y necesidades individuales que, debido a diferencias en los niveles de ingreso y en las experiencias personales (algo típico tanto entre distintas economías de mercado como en cada una de ellas), muy difícilmente coinciden con las necesidades de la sociedad en su conjunto. La demanda efectiva está destinada a determinar, de acuerdo con los fiscalistas, no sólo el nivel agregado del producto, sino también su ritmo y composición. De esta manera, la contribución del individuo al sistema se da por partida doble: en primer lugar, como consumidor se le crean preferencias por aquellos productos que, paradójicamente, representan una alta tasa de ganancia para el productor y sólo se consumen cuando se tiene un considerable nivel de ingreso (esto contribuye a justificar las diferencias en la capacidad individual de gasto y la concentración del ingreso). En segundo lugar, como productor se le permite dedicarse a la elaboración de los bienes que tienen más alta tasa de rentabilidad, y no a los que la sociedad necesita más urgentemente. Esto último da lugar, en economías permeables como la mexicana, a la internacionalización de la producción y, por tanto, a la expatriación de parte del excedente que el país requiere para su desarrollo. Si mediante modificaciones en la conceptualización teórica del desarrollo se promoviera más el ahorro de los consumidores con altos niveles de ingreso y se reorientara la producción hacia bienes socialmente necesarios (de consumo inmediato y de inversión), en el largo plazo se cosecharían seguramente los beneficios: se lograría un nivel de consumo personal mayor que el que habría de obtenerse dejando a la demanda efectiva como responsable de la expansión económica, y se amortiguarían las oscilaciones cíclicas propias de las economías de mercado, lo que disminuiría las tensiones sociales que se observan durante los periodos de recesión y de crisis.

Lo hasta ahora expuesto no quiere decir que la solución a los problemas de las economías de mercado, y más específicamente, los de aquellas con un alto grado de dependencia externa, sea el abandono total de los principios fiscalistas. La mayoría de los países en vías de desarrollo han aprendido de tal forma a vivir con ellos que desplazarlos súbitamente podría causar serios trastornos sociales, políticos, institucionales y económicos. Sin embargo, es tiempo ya de que se empiecen a considerar nuevos esquemas que, sin caer en el polo opuesto del espectro teórico, brinden soluciones más viables a los problemas macroeconómicos que día a día tienen que sortearse. Algunos de estos para-

digmas están en proceso de conformación, como sucede con la corriente neorricardiana. Mantenerse al margen de ellos es tanto como renunciar al conocimiento de instrumentos de política económica que pueden complementar los que hasta ahora se han usado y que permitirían ampliar nuestro hoy limitado radio de maniobra.

Por lo tanto, los economistas de México (y, por supuesto, los del resto de países en vías de desarrollo), deben ya traspasar las fronteras teóricas establecidas por las vertientes fiscal y monetaria de la política macroeconómica. La tarea es evidentemente ardua, sobre todo porque se requieren algo más que creatividad y experiencia en economía y en otras disciplinas; se necesita tener la seguridad de que hemos superado ya las rigideces teóricas y la visión de corto plazo que nos impidieron "sembrar el petróleo", como nos lo habíamos propuesto a mediados de la década pasada.